



CAROLA PERALTA

# REDENCIÓN

LA ROSA DE *mís* VIENTOS



colección  
*Luzure*

+18

---

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión por cualquier procedimiento o medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro o por otros medios, sin permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.»

© del texto: Carola Peralta  
© ilustración de portada: Carola Peralta  
© diseño de cubierta: Kivir ediciones  
© de esta edición: Kivir ediciones

[info@kivirediciones.es](mailto:info@kivirediciones.es)

[www.kivirediciones.es](http://www.kivirediciones.es)



Impreso en España  
Primera edición: febrero 2021  
ISBN: 978-84-122507-9-4

---

A mis hijos, porque habéis sido mi mayor creación.



---

# Capítulo 1

## Blake

Creo sentir que alguien se acerca a mi celda cuando logro abrir los ojos, y una porra haciendo sonar los barrotes termina por despertarme. Me duele todo el cuerpo, hasta los dedos de los pies. No recuerdo una golpiza así desde que entré en la cárcel.

No soy como la mayoría de los reos de este recinto, que ya son reincidentes y van por su segunda o tercer condena. La mía es la primera. Recuerdo el día del juicio, cuando el juez dictaminó mi sentencia.

—¡Se declara al acusado culpable! Deberá cumplir una pena de seis años de prisión —concluyó golpeando con fuerza su martillo, cuyo eco retumbó en toda la sala.

Pensé que mi abogado haría un mejor trabajo, pero no fue así. Me jodieron de la peor manera y acepté lo que me tocaba sin chistar.

—Tienes suerte —me dijo el muy capullo—, podrían haberte caído diez años por lo menos.

¿Suerte? ¿Seis años encerrado en una puta celda y lo llamaba suerte? Nunca había estado encerrado más de un día o dos por fechorías cuando era adolescente. Pero traficar con estupefacientes ya no es un delito menor. Ahora me he convertido en un camello y las condenas son más duras, no es tan fácil librarse de ellas. Aquí nadie te salva el culo, ni siquiera el hijo de puta que te provee de la merca para vender. Hay que resistir como sea. Es la ley de la selva y solo el más fuerte sobrevive.

—¡Russell! ¡Despierta! ¡Tienes visita! —grita el guardia sacándome de mis pensamientos.

---

Intento abrir los ojos, pero solo logro hacerlo con el menos hinchado. Como puedo, me incorporo y me siento en la mugrienta cama que tengo en mi celda. Está sucia y huele a humedad. Podría ser la de un cerdo, aunque creo que hasta ellos viven mejor que yo en esta pocilga.

—Vamos, Russell. No tengo todo el día —me ordena el muy cabrón.

Me levanto con dificultad. Las costillas me duelen a tal punto que desearía que me las quitasen y, cojeando tambaleante, me acerco hasta la puerta. El guardia abre y me coloca las esposas por delante antes de conducirme por el pasillo hasta la sala de visitas. No hay casi gente, pero en una de las mesas logro distinguir a Harry White, que me mira con cara de horror. Me dirijo a donde está y me siento sin decir una palabra, a la vez que él sigue observándome.

—Hola, Blake. —Me saluda ofreciéndome un cigarro, que rechazo con un gesto de manos. Estoy intentando dejar esa mierda, aunque ahora con el encierro se me hace más difícil.

Saca de su bolsillo el mechero y lo enciende mientras observa mi ojo hinchado y el golpe que tengo en la mejilla, además del labio partido.

—¿Ya te estás metiendo en problemas? —pregunta con su típica sonrisa sarcástica mientras da una calada.

—Créeme, Harry. Si te intentaran meter una polla por el culo, preferirías estar como estoy yo ahora —contesto con mi mejor cara de perro.

—Ah, veo que ya estás conquistando corazones.

Me apaño para agarrar del cuello al muy gilipollas, pero el guardia que me ha traído se acerca inmediatamente y me baja a la silla de un solo empujón.

—Tranquilo, no pasa nada. Está un poco alterado. Parece que la cárcel no le sienta bien —espeta el imbécil acomodándose la camisa y sentándose en la silla nuevamente.

—¿Qué cojones quieres? Dímelo rápido y lárgate, maldito tocapelotas —ordeno de mala gana.

—He venido a traerte un mensaje de Dylan. —Le da otra calada al cigarro—. Tiene una oferta para ti.

---

—¿Oferta? ¿Qué clase de oferta?

—Un trabajo.

—¿Qué tipo de trabajo? —reitero alterado.

—Dylan te dará detalles. Solo me ha pedido que venga a hacerte la propuesta. Si aceptas, pagará tu fianza para sacarte de este nido de ratas —me informa sonriendo y agrega—: Ya no tendrás que cuidar que te rompan tu hermoso culo.

—Maldito cabrón de mierda... —mascullo intentando no abalanzarme sobre él para romperle la nariz delante de todo el mundo.

—Controla tus modales, Blake. Soy la paloma mensajera. Si me tocas mucho los huevos, le digo a Dylan que no has aceptado y te quedas pudriéndote en esta pocilga.

Intento sopesar mis posibilidades. No sé si estoy dispuesto a confiar en Dylan otra vez. El muy hijo de puta me dejó tirado cuando la poli allanó el piso donde teníamos la merca guardada, y me puso un abogado de pacotilla que no fue capaz de quitarme los seis años de cárcel que me cayeron. Por otro lado, es mi oportunidad de salir de este infierno. No llevo ni cinco meses aquí, pero ya me he peleado y conservo más golpes en el cuerpo que los que me han dado en toda mi vida.

—Dile que lo acepto —informo al capullo de Harry, que da una calada honda otra vez y sonrío a modo victorioso.

—Bien. Prepárate entonces, Blancanieves, porque saldrás en breve.

Se levanta y, sin mediar palabra, apaga su cigarro en el cenicero que hay encima de la mesa antes de largarse sin más. Yo me quedo sentado, con las esposas puestas y la cara maltrecha rogando que me saquen de este apestoso lugar lo antes posible.

\*\*\*

Es jueves por la mañana. Mientras estoy en mi celda leyendo, se acerca el guardia cárcel de turno y me llama entre las rejas.

—¡Russell! ¡Levanta! —grita meneando la porra—. Han pagado tu fianza. Te vas ya.

Siento una sensación de enorme alivio, aunque sé que durará poco tiempo. Tengo que saber cuál es el trabajo que Dylan quiere que haga. De seguro tiene que ser algo importante, porque no soltaría veinte de

---

los grandes para mandarme a repartir droga en las fiestas de sus amigos millonarios.

Una vez que me entregan mis pertenencias y atravieso la salida, diviso a lo lejos el coche de Harry aparcado. Está fumando junto al mismo y, al verme, se gira para subirse a él. Me acerco y abro la puerta del acompañante.

—Vamos, Blake. Dylan te está esperando —me dice con una sonrisa de oreja a oreja que le borraría de una hostia.

Después de un largo viaje llegamos al bar de Dylan, al que me encuentro sentado en la barra. A esta hora hay poca gente dentro, casi nadie.

—¡Dichosos los ojos que te ven, Blake! —exclama poniéndose de pie mientras me da una palmada en la espalda.

—Hola, Dylan. —Le saludo secamente.

—Ven, vamos a hablar tranquilamente a mi despacho. —Me guía hasta la parte trasera del bar y, cuando estamos allí, me invita a sentarme—. ¿Te apetece un whisky? —pregunta mientras se deja caer en su enorme butaca.

—¿Qué quieres de mí, Dylan? No estoy para gilipollices. Ya me has metido en un lío antes, y espero sinceramente que no lo vuelvas a hacer.

—Bueno, como sabrás, te tengo mucha estima, Blake. Eres de los mejores, pero no te he sacado de la cárcel precisamente por el aprecio que siento por ti.

—Ve al grano —le ordeno mirándolo fijo a los ojos.

En ese momento Harry y Jacob, otro de sus hombres, se acercan a nosotros. Jacob trae un sobre marrón en las manos y lo deja sobre el escritorio, haciendo un gesto para que lo coja. Dylan me mira atento mientras lo abro lentamente y saco un par de fotos. Son de una mujer de unos veinticinco años, guapa, con pelo largo castaño claro y ojos marrones, de contextura delgada. En una de ellas se la ve sola, y en la otra está junto a un hombre que podría ser su pareja. Salen cogidos de la mano de un restaurante.

—¿Qué coño es esto?

—El trabajo que tienes que hacer —me aclara con voz grave.

Dylan es un tío de mucho poder. A sus casi cincuenta y cinco años ha montado toda una industria del tráfico de drogas en Los Ángeles.



---

Ha hecho mucho dinero con ello y maneja a media ciudad. Goza de mucha influencia y tiene clientes en todos los ámbitos, incluidos la política y el espectáculo.

—Explícate —le ordeno levantando la vista y mirándolo a los ojos. Allí siguen de pie Harry y Jacob, observándome seriamente.

—Se llama Alyn Murphy. Su marido, Jake Sanders, es un empresario de alto nivel dueño de una multinacional en L. A. Me debe mucha pasta —explica sacando un puro de su bolsillo y quitándole la punta.

—¿Planeas matarla? —Me adelanto adivinando sus intenciones.

—No sin antes sacarle una buena tajada al hijo de puta de su marido.

—¿Qué papel juego yo en todo esto?

—Eres quien va a secuestrarla y tenerla encerrada hasta que te demos la orden de hacerla desaparecer.

—Eres un enfermo, Dylan.

Inmediatamente, se levanta de su silla detrás del enorme escritorio de caoba y, rodeándolo, se sienta justo frente a mí, apoyándose en la lujosa madera. Su desagradable sonrisa no se borra de su cara.

—Te recuerdo que tienes una deuda conmigo, Blake. Estoy esperando a que la pagues. Esto es todo lo que tienes que hacer.

—¿Quién me garantiza que no voy a volver a la cárcel después de esto? —le pregunto, aunque creo saber la respuesta.

—Nadie. Pagarás tu deuda y tendrás que ser lo suficientemente listo para cubrirte el culo, o mando a que te corten el cuello con una navaja.

—Maldito miserable... —Intento levantarme de la silla, pero sus dos secuaces me lo impiden bajándome cada uno por un lado.

—Harry te enseñará el plan y dentro de dos días daremos por iniciada la operación —ordena con su voz áspera mientras da una calada a su puro con aires de satisfacción.

Sin más palabras, se retira del despacho seguido de Harry y Jacob, y yo me quedo mirando las fotos que aún tengo en mis manos. Esto dista mucho de los trabajos que Dylan me ha propuesto en otras ocasiones, pero es el precio de mi libertad. Si quiero conservarla, más vale que lo haga bien...



---

## Capítulo 2

### Alyn

Cuando despierto por la mañana, me doy cuenta de que Jake no se encuentra en la cama conmigo. Estoy todavía algo dormida, pero reparo en que es sábado y me parece raro no verlo. Me pregunto si habrá bajado a desayunar. Tengo muy presentes los recuerdos de anoche, cuando hicimos el amor en el sofá. Me sonrojo y me giro en la cama para agarrar mi móvil y enviarle un mensaje, justo cuando veo que me ha escrito uno.

«Buenos días, amor. ¿Cómo has dormido?».

«Muy bien, recién me despierto. ¿Has tenido que salir?».

«Sí, he venido a la oficina a resolver unos asuntos pendientes».

«¿Un sábado por la mañana?».

«Hay cosas que no pueden esperar, Alyn. Lo siento. Prometo estar en casa para la hora de la comida».

«Te espero aquí entonces».

A veces pienso que Jake trabaja demasiado. Se pasa muchas horas en su despacho, pero no quiero reprochárselo, comprendo su situación perfectamente. Todavía hay ocasiones en que me cuesta creer que ya estemos casados, y es que todo pasó muy rápido: me propuso matrimonio hace un año y medio, organizamos la boda y compramos esta espectacular casa a las afueras de L. A.

Luego de darme una ducha bien caliente, lavarme los dientes y ponerme mi ropa de deporte, bajo las escaleras camino a la cocina para prepararme el desayuno. Hoy hace un día espléndido, ideal para salir a correr. Aunque ni bien regrese, tendré que ponerme a estudiar para

---

rendir las oposiciones si quiero lograr el puesto de profesora de biología en alguna escuela primaria de Los Ángeles. No será fácil, pero lo intentaré. Jake me ha repetido hasta el cansancio que no es necesario que trabaje, pero yo me niego a hacerle caso. Me da igual que tengamos dinero suficiente para vivir tranquilos, yo no puedo quedarme en esta enorme casa a perder el tiempo. Me agobio solo de estar aquí encerrada pasando las horas del día.

Enfrascada en mis pensamientos, decido llamar a Claire, mi mejor amiga.

—¡Eh! ¿Qué tal, Alyn? ¿Cómo estás?

—¡Hola, Claire! Aquí estoy, preparándome para salir a correr un rato. Últimamente lo hago casi todos los días.

—¿Cómo va todo? ¿Y Jake, qué tal?

—Muy bien. Jake ahora está en la oficina.

—¿Un sábado por la mañana? —interroga extrañada.

—Sí. Ya sabes, asuntos que resolver del trabajo.

—Vaya. Ese hombre no para... Tienes que ponerle límites.

—Como si eso fuera posible. Entiendo que tenga su empresa y deba ocuparse de todo, pero a veces me siento muy sola, Claire. Paso mucho tiempo sin él en casa. Aunque esté estudiando y ocupada, lo echo de menos.

—Te comprendo, Alyn. Por eso te doy mi humilde consejo. Lleváis muy poco tiempo casados, pero pienso que estas cosas las debéis hablar ahora, antes de que comiencen a afectar al matrimonio.

—Puede que tengas razón... Creo que debería hablarlo seriamente con él. En fin, mañana iremos a visitar a sus padres a Santa Mónica —le cuento entusiasmada.

—¡Pues aprovecha y pásalo bien!

—Eso haremos. Seguro que montaremos en las motos acuáticas. —Sonrío ilusionada al pensar en la playa. El mar es mi vía de escape cuando me siento agobiada y necesito reflexionar—. Voy a dejarte, Claire, se ha hecho la hora de salir a correr. Hablamos el lunes para quedar en la semana, ¿te parece?

—¡Perfecto! Espero a que me llames y acordamos el día para vernos. Cuídate, Alyn. Te quiero.

—Y yo a ti.

---

Una vez que termino de alistarme, cojo mi móvil, los cascos y las llaves de casa, y me dispongo a hacer mi rutina diaria de ejercicios. Me gusta mucho cuidarme, y salir a correr al aire libre es una de mis actividades preferidas. Lo necesito para desconectar. Aquí, en Pasadena, hay infinidad de parques y espacios verdes preparados para ello.

Al salir de casa veo que hay muy poca gente en la calle, algo normal siendo sábado a las nueve de la mañana. Transito la ruta de siempre camino al Lower Arroyo Park y subo las escalinatas con energía antes de dirigirme hacia el estanque. En cierto momento, miro hacia atrás. No sé por qué, pero tengo la sensación de que alguien me está observando, aunque muchas veces me pasa cuando corro sola. Rodeo el puente y, tras cruzarlo, bajo para tomar la calle que lleva a otra zona del parque. A pesar de ir con los cascos puestos escuchando música, se mantiene la sensación de que alguien me vigila y vuelvo a mirar atrás. Una furgoneta negra viene siguiéndome muy despacio. Al darme cuenta, echo a correr más rápido hacia unas escaleras, pero el vehículo acelera hasta llegar a mi altura y se detiene en seco mientras se abre una puerta corredera de la que sale, a toda velocidad, un hombre alto y corpulento vestido de negro y cubierto con pasamontañas. En ese momento, un calor me recorre todo el cuerpo, comienzo a sudar y el terror se apodera de mis pensamientos. Entro en pánico. Intento avanzar lo más rápido que me dan las piernas y hasta creo que lo he logrado perder, pero en décimas de segundo, siento su aliento en mi nuca. Me coge con pericia por detrás y me levanta del suelo con un solo movimiento.

Casi no me da tiempo a reaccionar. Presa de la desesperación empiezo a dar patadas e intento librarme con los brazos, pero es imposible. Él es demasiado fuerte y con su cuerpo logra envolverme para inmovilizarme. Aunque quiero gritar, no puedo, y sigo sin ver gente a mi alrededor. Me tapa la boca con un paño embebido en una amarga sustancia, con lo cual me es imposible morderlo para que me suelte. Procuro por todos los medios liberarme y me esfuerzo por tener los ojos abiertos para ver algo que me sirva de referencia, como la marca o la matrícula del coche, pero es imposible. De repente, escucho una voz que sale del vehículo.

---

—¡Go! ¡Go! ¡Go! —grita frenéticamente un hombre, también con la cara cubierta.

Joder, estoy desesperada. No sé que hacer. Me suben a la camioneta y cierran rápidamente la puerta. El hombre que me ha cogido me tumba sobre el suelo en la parte trasera y se tira encima de mí para inmovilizarme. Trato por todos los medios de apartarlo, pero no lo logro. Me sujeta por detrás. Me da la vuelta y me ata las manos con una cuerda provocándome un intenso dolor, y aunque continúo pateando, no consigo alcanzarle.

—¡Estate quieta! —grita trabando también mis pies.

Solo puedo escuchar su voz. De repente, me gira otra vez y alcanzo a verle los ojos. Son de un color azul muy penetrante. Me retira el paño que me ha puesto en la cara y me tapa la boca con una cinta aislante. Lo miro aterrada y sin comprender por qué me está pasando esto. No tengo la menor idea de por qué alguien me quiere secuestrar y la confusión se apodera de mi mente. Su mirada me traspasa, esos ojos azules se clavan en mí, e inmediatamente empiezo a sentir que las piernas y los brazos me pesan.

—Ya le está haciendo efecto —informa a quien conduce el coche.

Alcanzo a ver que son dos los que van delante. Los ojos me van a una velocidad que ni yo misma logro comprender, pero procuro quedarme con todo lo que puedo: las voces, los detalles de la furgoneta... cualquier cosa que me dé una pista de dónde estoy y hacia dónde me llevan. En ese momento, los párpados se me empiezan a cerrar, me cuesta mantenerlos abiertos. Lo intento y él sigue mirándome, tumbado encima de mí y esperando a que me duerma. Sabe que es cuestión de segundos porque, poco después, me abandono rendida y la vista se apaga al perder la consciencia. Ya no recuerdo nada más.

\*\*\*

Empiezo a recobrar poco a poco el conocimiento. No sé cuánto tiempo he estado dormida, ni tengo idea de dónde estoy porque me han tapado los ojos con una venda. Además, me duele todo el cuerpo y no puedo casi moverme porque sigo maniatada; sin embargo, me

---

han liberado los pies y la cinta que tapaba mi boca ha desaparecido. Intento agudizar el oído y escucho el ulular de los búhos, al igual que percibo aroma a humedad en el ambiente. Estamos en marzo y la primavera está empezando, aunque las lluvias todavía no han cesado. De todos modos, no me da la sensación de que haya una playa cerca, ni de que permanezcamos en la ciudad. No hace calor, todo lo contrario, hasta siento un poco de frío. Creo que me han colocado en una cama, porque puedo sentir debajo de mí un colchón que huele a limpio.

De repente, escucho que una puerta se abre. Como puedo, me incorporo y me pego a una pared que tengo detrás. El corazón me late fuerte y estoy muy asustada, aterrorizada porque no sé lo que quieren hacerme. Es una sensación que no había sentido jamás en mi vida. Nunca. Me siento vulnerable y desprotegida.

Percibo la presencia de alguien que se acerca lentamente, así que me arrimo aún más a la pared sin poder controlar mi ansiedad, manifestada con una respiración sofocada. Cuando siento que ya le tengo muy cerca, pataleo con los pies hacia adelante para intentar que no se me acerque más, que no me toque. No puedo ni hablar, tengo un nudo en la garganta y todavía me siento mareada por los efectos de las drogas. Poco después, noto que se sienta a mi lado porque el colchón se hunde, así que yo, agitada y nerviosa, intento dar un salto y caigo irremediadamente, dándome un golpe en la cabeza sobre un suelo de madera áspera que huele a humedad.

—Joder... —maldice una voz masculina.

Empiezo a llorar desesperada, poseída por la angustia y el miedo, y a la vez, puedo notar cómo un líquido cálido cae por mi frente. Siento que un par de manos fuertes me sujetan por los hombros e instintivamente empiezo a dar patadas otra vez para liberarme.

—Tranquila, espera... ¡Mierda! Te has hecho daño... —murmura y logra sujetarme colocándome otra vez en la cama.

Siento que me toca la cabeza, donde probablemente me hice una brecha. Emitiendo sonidos mudos, la muevo hacia un lado intentando que no me toque hasta que mi voz se restablece y empiezo a gritar, a la vez que sigo pataleando contra mi agresor.

---

—¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Ayuda, por favor! ¡Que alguien me ayude! —chillo lo más fuerte que puedo mientras sollozo.

—Puedes gritar lo que quieras, estamos en mitad de la nada. Nadie va a oírte... —me dice el hombre, que está otra vez sentado a mi lado.

Si la memoria no me falla, es la voz del sujeto que me metió en la camioneta y me ató de manos y pies.

—Por favor... por favor... —Lloro y casi no puedo respirar—. No me hagas daño, por favor. ¿Quién eres? ¿Qué demonios hago aquí?

—No puedo darte esa información.

—¿Qué queréis de mí? —pregunto llorando y tratando de recuperar un poco de aire en mis pulmones.

Me duele la cabeza del golpe que me acabo de dar y todavía estoy un poco aturdida. Advierto que sale de la habitación o donde quiera que estemos y regresa al rato, cuando empiezo a percibir un fuerte olor a alcohol.

—Si prometes quedarte quieta, te quito las esposas —propone mientras intento liberarme de ellas.

Asiento levemente. Mi pecho sube y baja agitado, y estoy otra vez arrinconada contra el muro que hay detrás de mí. Entonces, siento que se acerca, yo me pego más a la pared si todavía se puede, y rodeándome con sus brazos, abre las cerraduras de las esposas.

—Buena chica. Voy a curarte la herida, no te muevas.

Puedo adivinar que está poniendo alcohol en una gasa y me la empieza a pasar por la cabeza.

—Eso es, no te muevas —me ordena. Su voz ruda va suavizándose.

Cuando termina, noto cómo me relajo al ver que no ha hecho otra cosa que no sea curarme, pero me desconcierta el hecho de que me tengan cautiva y que se preocupen por sanar mi herida.

—Ahora voy a quitarte la venda de los ojos, ¿de acuerdo? No hagas nada de lo que luego te puedas arrepentir. Te lo advierto...

No le contesto, pero parece que mi silencio le basta y le sobra para entender que estoy de acuerdo. Siento que afloja el nudo que hay detrás y, poco a poco, la venda cae. Intento abrir lentamente los ojos, lo que no resulta difícil porque no hay mucha claridad en la habitación y puedo ir acostumbrándome a la escasa luz que emite una pequeña lámpara.



---

Cuando miro a mi alrededor, entiendo que estoy en una especie de cabaña y, por lo poco que logro apreciar a través de las rendijas de la ventana, hay árboles fuera. Sigo sintiendo el ruido de los animales en el exterior. Luego, intento fijarme en el hombre que tengo sentado al lado. Levanto la cabeza lentamente y puedo apreciar un tatuaje que le recorre el brazo entero, desde la muñeca hasta el hombro, es una especie de dragón enroscado. Inmediatamente, bajo la vista al suelo, no quiero saber cómo es su cara o no saldré con vida de ese lugar.

—Te he traído la cena. —Me acerca un plato de lo que parece ser pollo con alguna guarnición.

—No quiero comer nada —respondo manteniendo la vista en un punto fijo en el suelo.

—Deberías hacerlo...

—No quiero.

—Bien, como prefieras.

Se me acerca de nuevo e intento resistirme otra vez, con lo que me tumba boca abajo en la cama y vuelve a ponerme las esposas. Me deja recostada allí y sale de la habitación dando un portazo, dejando la bandeja con comida en una mesilla de noche.

Estoy confundida y asustada, me duele la cabeza y siento mucho frío. Todavía no logro entender qué hago aquí y me aterra pensar que puedan hacerme daño... No puedo evitar que mis ojos se llenen de lágrimas por la impotencia y, llorando sin consuelo durante un rato, extenuada y agotada, termino por quedarme profundamente dormida.



---

## *Capítulo 3*

### *Blake*

No hago más que darle vueltas a lo sucedido. Antes, cuando entré en la habitación y la vi arrinconada contra la pared, parecía un animal acorralado. Respiraba agitada y estaba aterrorizada. «Maldito Dylan. Puto enfermo de mierda», pensé. Quien se mete con él, paga muy caras sus deudas.

Para mí, es la primera vez. Jamás había participado de un secuestro, y mucho menos he matado a nadie, pero ahora el hijo de puta de Dylan me tiene agarrado de los huevos. O colaboro en esto, o me mata. Ya ni siquiera se molestaría en mandarme a la cárcel por ello.

Al planear el secuestro, Harry me dio todas las indicaciones que tenía que seguir al pie de la letra. Ya la tenían marcada. Los sábados por la mañana solía hacer el mismo recorrido por el Lower Arroyo Park. Estaba todo fríamente calculado. El tal Jake, el marido de la chica, le debe a Dylan una importante suma de dinero. Al parecer, el tío compra kilos de coca para distribuir entre sus conocidos en fiestas y reuniones que monta en las instalaciones de su empresa. A mí me da igual que la ilusa de su mujer no esté enterada de nada de eso. No tiene la apariencia de ser participante en una fiesta negra donde se ponen hasta el culo de anfetaminas y cocaína. Al contrario, parece ser deportista y goza de buena salud. Me sorprendió la agilidad de ella al saltar de la cama, aún esposada y con los ojos vendados, pero no calculó bien y cayó sin que me diera tiempo a sujetarla.

En mi vida he sido testigo de los efectos de las drogas en las personas. Como camello, le vendía a tíos y tías que hasta muchas veces

---

me los terminaba encontrando muertos de sobredosis. Yo no consumía. No era tan idiota como para meterme esa mierda en el cuerpo.

Entré en el negocio de los narcos a través de mi amigo Paul. Él trabajó también durante mucho tiempo para Dylan, y me endulzó contándome que se ganaba mucha pasta y que se trataba de algo fácil. Pero Dylan no solo trafica con droga, es un delincuente. Tiene fama de déspota tras ese fingido disfraz de hombre de negocios. Pertenece a un clan de la Mafía italiana. Su nombre no proviene de aquella lengua porque nació aquí, en los Estados Unidos, pero su padre y su tío fueron conocidos mafiosos en Nápoles. Tras una industria montada a través del entretenimiento: bares, restaurantes y algunos casinos en Las Vegas, lava dinero de la venta de cocaína, marihuana y otros estupefacientes.

Las órdenes de Dylan resultaron muy claras: nada de tocarla, nada de torturas y, llegado el momento, dará la orden para aniquilarla. Inclusive si su marido paga el rescate, la chica no saldrá con vida, por eso da igual que nos vea las caras. Yo debo quedarme con ella en la cabaña e iré recibiendo órdenes de todo lo que tengo que hacer.

La he dejado encerrada en el cuarto luego de que rechazara la cena. Después, la he sentido llorar y me he alejado al salón, donde he puesto la televisión a un volumen considerable para no tener que escucharla.

Mierda. Me estoy empezando a poner de los nervios. Al poner el Canal 5, lo primero que aparece es su rostro en las noticias.

—Alyn Murphy, esposa del magnate de Los Ángeles, Jake Sanders, ha desaparecido hoy misteriosamente, luego de que se supiera, por fuentes cercanas a la mujer, que había salido a correr por los alrededores de su casa en Pasadena.

»Sanders, al notar la ausencia de su esposa, dio parte a la policía de su desaparición y ya se ha iniciado una investigación en torno al caso.

»Se baraja la posibilidad de un accidente, que hubiera estado corriendo en el parque y haya sufrido una caída, aunque no se descarta la posibilidad de un secuestro por extorsión. Las empresas que regenta Sanders en L. A. están valoradas en millones de dólares y...

Cambio rápidamente el canal. Me levanto del sofá y voy a buscar una cerveza a la nevera y, al pasar nuevamente por la habitación, ya no